

BARATRUM

josé carlos blandino francés



BÁRATRUM

...y se abrieron las puertas del infierno

José C. Blandino

Capítulo 1

LA PANDEMIA

I

Sin duda, podía aparentar ser un hombre triste, pero, realmente, no era así. Sólo estaba aburrido y, quizás, algo cansado.

Hacía tres años ya que vivía en completa y asumida soledad, rota, tan sólo, en ocasiones, por las esporádicas visitas de sus hijas. Ellas decidieron marcharse fuera para afrontar su propio futuro, dejando a sus padres afligidos por su decisión y añorantes de su alborotadora compañía. La soledad, en lugar de unirlos, fue tejiendo un tupido manto de frialdad entre ellos que acabó helando su relación. Ella decidió alejarse, buscando nuevas distracciones y frecuentando otras compañías que acabaron devorando los apagados rescoldos de su matrimonio. Cuando le anunció su marcha, el profundo dolor del abandono dejó pronto lugar al acre sabor de la traición y, después, al punzante hastío de la indiferencia y del más abrumador vacío.

Las niñas (siempre lo serían para él) acudían a visitarlo en ocasiones cada vez más aisladas, y nunca más volvió a saber de su madre. Ni siquiera se le ocurría preguntar por ella.

Desde entonces su vida se convirtió en una cansina sucesión de horas, que únicamente le servían para saber cuándo tenía que trabajar y cuándo le tocaba dormir. El resto del tiempo se difuminaba en insulsas sesiones de lectura o televisión.

Tan sólo al regresar del trabajo y parar a tomar los aperitivos con que, diariamente, se sustentaba, se permitía demostrar que seguía vivo. No sólo escuchaba las conversaciones del resto de los clientes habituales del local, sino que, en ocasiones, hasta reía con alguno de los chistes con que se prodigaban. Pero, después, regresaba a la silenciosa soledad de su casa y al nutrido universo de sus lacerantes recuerdos.

La construyó su propio padre y su familia siempre había vivido en ella. Ahora, únicamente quedaba él para habitarla. Era el edificio más alto del barrio y parecía casi aislado del resto de la manzana; daba a tres calles, y

tan sólo por la fachada trasera lindaba con el resto de viviendas. La planta segunda y el ático se alzaban solitarios, dominándolo todo, como un desafiante torreón. Tenía un patio delantero que ocupaba toda la fachada principal. Su valla era alta y enrejada y la cancela lo era aún más. Una casa sólida y segura y por eso se quedó en ella cuando todos huyeron.

El local de la planta baja estaba vacío. Habían intentado alquilárselo en no pocas ocasiones, pero él siempre había rechazado las ofertas. Le daba pereza tenerlos allí. Ya no necesitaba el dinero. Ganaba más de lo que precisaba. Tan sólo habitaba la primera planta, manteniendo la otra vivienda clausurada porque olía demasiado a ellas. Su esencia se mantenía en cada objeto, en cada mueble, en cada rincón... En el ático estaba su vida. Allí tenía sus libros y sus maquetas y una enorme azotea desde donde podía contemplar el trasiego de las calles y fisgonear la vida que transcurría a su alrededor. Lo mantenía lleno de macetas que daban a su vida algo de color, y cuidaba a diario el pequeño huerto que se había construido siguiendo instrucciones de internet. No podía evitar mirar con orgullo cada uno de los frutos con que le obsequiaba.

El techo del ático estaba completamente colmatado de placas solares que cargaban los acumuladores que repartían energía por todo el inmueble. Cuando todo ocurrió supo que, con ellos y prudencia en el gasto, la casa sería autosuficiente y que en ningún otro sitio podría estar más seguro.

Aunque no veía las noticias de televisión ni leía la prensa, estaba continuamente escuchando la radio. Aquélla era su única compañía, y fue por ella por la que se enteró de aquellas alarmantes noticias que, cuando recrudecieron su mensaje, le llevaron a llenar de comida el frigorífico y el arcón congelador del ático. A comprar numerosas cántaras de agua que iba dejando en el portal de la casa, porque resultaría estúpido cargar con ellas por la escalera. A acumular latas de conserva en la despensa y a almacenar cerveza por toda la casa. Y a llamarlas. Les insistía diariamente para que regresaran con él hasta que todo hubiera pasado, pero ellas se mofaban de su alarma, quitándole importancia a los sucesos que las noticias iban diariamente desvelando.

Todo empezó como una preocupante explosión en un complejo militar de una de las repúblicas del Este. Durante los primeros días, el seguimiento era continuo y variadas las especulaciones, dado que no se ofrecía ninguna versión oficial. Hablaban de virulentos contagios y de su propagación incontrolada. La palabra Pandemia se puso en boga y hasta en los bares era utilizada por los tertulianos en sus discusiones. La información se cerró de repente, al mismo tiempo que las fronteras de un puñado de países. Unos aseguraban que ya se había dominado y otros afirmaban que había escapado a cualquier control, lo que evidenciaba que nadie sabía nada de lo que realmente estaba pasando.

Entonces fue cuando el incidente les estalló en las manos. Primero, fue un

brote en París, después, otro en Londres. Los casos se empezaron a dar por toda Europa, sin que se supiera con certeza qué estaba pasando y qué era todo aquello: unos hablaban de Cólera, otros de Peste, pero no conseguían ponerse de acuerdo. Los primeros casos en España fueron inmediatamente derivados al hospital Carlos III de Madrid pero las autoridades, por más que se les insistía, eran incapaces de dar una respuesta clara y terminante, escudándose, en todas sus comparecencias, en que los sujetos se estaban estudiando y analizando. Tan sólo aseguraban con contundencia que el brote estaba controlado. Sin embargo, para desmentirles y crear aún mayor alarma, surgían nuevos casos a diario, extendiéndose por todo el país. Lo único cierto, en lo que parecía que todos se encontraban de acuerdo, era en la violencia que aquel maldito virus, o lo que quiera que fuese, provocaba en quienes lo contraían... y en la rapidez con que la víctima se infectaba. Por eso era tan difícil de atajar. Y tan peligroso.

Según afirmaban en la radio, los sujetos se volvían locos y atacaban con furia a quien estuviera a su alrededor, contagiando a todo el que entrara en contacto con él. Por eso, por lo inopinado de los ataques, cada vez que ocurría, tenían que detener y poner bajo control a un buen número de pacientes. Muy pronto el hospital empezó a quedarse pequeño.

Fue en internet donde vio por primera vez uno de aquellos ataques y, entonces sí, sintió auténtico miedo. Era una cámara anónima y la calidad de las imágenes no era la mejor, pero se podía ver perfectamente a un fulano lanzándose sobre los transeúntes en una calle de Valencia, derribándolos al suelo y atacándolos con los dientes. La grabación terminaba cuando un policía municipal lo abatía a tiros después de que hubiera agredido a no menos de tres personas. Fue entonces cuando empezó a llamar insistentemente a sus hijas para intentar convencerlas de que volvieran a casa... pero ellas no le hicieron caso, quitando importancia a la situación y ofreciéndole cansadas disculpas. Un día sus teléfonos, simplemente, dejaron de estar operativos. Primero una, después la otra, le devolvieron el silencio por respuesta. Después de rumiar durante horas su preocupación, sin dejar de llamarlas y mandarles alarmados mensajes, decidió ir a buscarlas. Sin embargo, ya era tarde: se habían cancelado todos los vuelos y bloqueado todas las estaciones y carreteras. La ciudad estaba cerrada. Y todo se precipitó. El terror empezó a adueñarse de las calles y la gente a atrincherarse en sus casas. Hubo numerosos saqueos a los supermercados, y todas las tiendas se cerraron.

La televisión empezó a ofrecer tan sólo programas de relleno y películas, limitándose a dar alguna noticia sobre el asunto escrita al pie de la pantalla, haciéndose eco, generalmente, de algún comunicado oficial del gobierno. Un par de días después, ya ni siquiera eso. Cierre completo de la emisión. La radio aguantó algo más, pero también acabó silenciándose. Supuso que todo se debía a que, como él, como todos, los técnicos, periodistas y locutores, habían dejado de acudir al trabajo y estaban tan

aterrados como los demás, encerrados en sus propias casas.

También la electricidad y el gas dejaron de llegar a la casa y se alegró sobremanera de sus placas solares y, sobre todo, del pequeño pero carísimo frigorífico de butano que había conseguido comprar apenas una semana antes. También se adelantó a los demás al dotarse de reservas de bombonas. Recorrió todas las gasolineras en busca de ellas y consiguió acumular hasta cinco en el vacío local.

Los teléfonos fueron los últimos en quedar en vía muerta. No había cesado de llamar a sus hijas a pesar de obtener siempre el mismo resultado. Incluso se decidió a telefonar a la madre por si tenía alguna noticia, pero tampoco ésta le respondió. Tan sólo conseguía contactar con su hermana, que vivía en un pueblo cercano a la ciudad y que también declinó su oferta de ir a vivir con él. Le pareció que se tomaba todo aquello como una aventura, como un divertimento: se había concertado ya con varias de sus amigas para encerrarse juntas en una de sus casas y esperar a que todo volviera a la normalidad. Lo invitó a su vez a unirse a ellas, pero él también rechazó la oferta, aunque no pudo evitar pensar que quizás llevara razón, que en un pueblo la situación sería más fácil de controlar. Pero aun así, prefirió la seguridad de su casa y su avariciosa soledad.

El ejército se hizo finalmente cargo de la situación. El estruendo del megáfono lo asustó cuando estaba con sus plantas, absorto en el profundo silencio de la ciudad. Se asomó de inmediato a verlos pasar y le impresionó descubrirlos, caminando lentamente al lado del camión, atentos a todas las casas y a cada esquina, con los fusiles terciados, prontos a disparar.

Les advertían de la evacuación prevista para la mañana siguiente. Autobuses recorrerían las calles parando ante cada una de las casas para que pudieran subir a ellos. Sólo podrían llevar el equipaje de mano y se les ordenaba entregar, embolsados, todos los alimentos y bebidas que tuvieran almacenados. No mencionaron en ningún momento el destino que les esperaba.

Estuvo toda la noche dudando si obedecer aquella orden o permanecer en su casa. Finalmente, se decantó por rebelarse y asumir las consecuencias. Pensó que, una vez que todo el mundo estuviera a salvo, no les sería difícil acabar con cualquier infectado que quedara en la ciudad y controlar la situación hasta normalizarla. Un mes a lo sumo. No tendría problema en subsistir durante ese tiempo. Lo único que le preocupaba era que buscaran un control definitivo y contundente, descargando algún tipo de producto abrasivo o asfixiante. En ese caso estaría acabado. Pero tampoco aquello le preocupó demasiado. Incluso se había construido una máscara antigás gracias a un tutorial gratuito que encontró en la red y había preparado el sótano del local para la ocasión, aunque no estaba seguro de que acabara decidiéndose a usarlo si llegaba la ocasión.

En cuanto amaneció se apostó con los prismáticos en su azotea, sobre el techo del ático, tumbado entre las placas solares, para observar las tareas de evacuación, cuidando mucho de que pudieran llegar a verlo, para evitar los problemas que pudiera acarrearle su negativa a acompañarlos. Desde allí, dominaba casi todo el barrio y su vista alcanzaba hasta el final de la calle.

El verano estaba próximo y el sol no tardaba en empezar a clarear la ciudad. Aparecieron poco después de las siete de la mañana. El camión militar abría la marcha y una ristra de autobuses avanzaba lentamente tras él. La comitiva iba escoltada por unos cincuenta soldados que la rodeaban. Como el día anterior, se les veía atentos, incluso temerosos. Casi todo el barrio estaba compuesto por casas de dos plantas con un pequeño jardín delantero, y la comitiva iba deteniéndose en cada una de ellas. Los vecinos salían en fila, demudados, con sus escasos pertrechos apretados contra el pecho. Dos soldados empujaban un contenedor donde, una tras otra, las familias iban depositando lo que supuso debían ser sus bolsas de provisiones. Después subían a los vehículos, y sus caras aparecían de inmediato recortadas tras las ventanillas, con los niños abrazados y el miedo tensando su expresión. Una a una, las casas de su calle se iban vaciando de vida y su sensación de soledad crecía con cada uno de los autobuses, que partían raudos en cuanto su carga humana se completaba.

Había sopesado la posibilidad de invitar a alguno de los vecinos que, como él, vivía solo en su casa, para que se le uniera, pero lo desechó finalmente, comprendiendo que su soledad se había tornado tremendamente avariciosa.

La Gran Plaza se convirtió pronto en un lento pero continuo trasiego de autobuses que salían de las calles de su barrio, perdiéndose por la Avenida de Eduardo Dato. La evacuación duró más de tres horas y el camión también partió finalmente en pos del último de ellos, que ni siquiera estaba completo. Entonces se sintió absolutamente desamparado, mientras crecía en su ánimo el ansioso presentimiento de haberse vuelto a equivocar.

LOS VISITANTES

II

No los vio hasta que no hubieron transcurrido cinco días desde la evacuación. El tiempo había pasado cálido, lento y en silencio. En un

profundo silencio. Ni siquiera los pájaros lo rompían: habían emigrado sin que pudiera siquiera imaginar el motivo. Incluso los vencejos, que habían sobrevolado aquella azotea desde que podía recordar, se habían marchado. No quedaba ninguno. Desaparecieron poco a poco hasta dejar la tarde vacía y aburrida, añorante de sus infatigables piruetas.

No supo qué le llevó a asomarse. Estaba seguro que no había sido intuición porque él no creía en esas cosas, por lo que, supuso, habrían hecho algún tipo de ruido que, inconscientemente, llamó su atención.

Pero, allí estaban, dirigiéndose lentamente hacia la Gran Plaza. Dos hombres y una mujer. Venían caminando cansinamente, arrastrando los pies, con los brazos caídos y los hombros hundidos, girando sus cabezas a izquierda y derecha incansablemente, buscando. Notó como su corazón se aceleraba ante la posibilidad de que alzaran los ojos hacia él, pero las alturas no parecían interesarles.

Tenían las ropas manchadas y la camisa de uno de los hombres estaba destrozada, apenas le quedaban unos jirones de tela blanca sobre uno de los hombros. Desde allí arriba pudo apreciarle una tremenda herida en un brazo, pero él no parecía sentir dolor. En los otros no advirtió ninguna lesión.

Los siguió con la mirada en su perezoso caminar, deseando que se marcharan de una vez de allí. Tardaron una eternidad en perderse de vista, también ellos, por la Avenida. Se quedó con la vista fija en aquel punto, como hipnotizado aún por sus esperpénticas figuras. Aquellos sujetos no aparentaban ser demasiado peligrosos y estaban muy alejados de la bestia que lo aterró al descubrirla en internet.

Nada ni nadie había caminado por aquellas calles desde que los militares se llevaron a sus vecinos y el tedio se había apoderado del tiempo. Tan sólo, en un par de ocasiones, vio aparecer algún vehículo desde la Avenida, cruzando raudo la plaza hasta perderse entre las fachadas de las torres que la rodeaban. El ruido de su motor restallaba como un trueno en la silenciosa ciudad.

A veces, cuando el viento decidía aparecer, le llegaba una especie de rumor quedo e ininteligible que se arrastraba hasta él a través de la brisa. Pensó que quizás hubieran utilizado el estadio del Sevilla como recinto amurallado, apropiado para mantener a los supervivientes a salvo de los infectados. Aunque aquello le pareció una idea peregrina, sí le infundió esperanza: sería imposible sustentar a toda aquella gente durante mucho tiempo, por lo que era evidente que los militares pensaban acabar pronto con aquella situación, eliminando su amenaza.

Estaba harto de leer, de ver películas y de regar sus flores. Aquellos malditos cinco días incluso lo habían saciado de soledad. Deseaba que

todo terminara, que la gente volviera a sus casas y que él pudiera coger un avión para volar a buscarlas. Soñaba con encontrarlas sanas y salvas para poder abrazarlas, dejando que todo aquello se difuminara en el tiempo y en el recuerdo.

No cesaba de llamarlas por teléfono, pero ya ni tan siquiera le respondía aquel maldito mensaje. Sólo el silencio. Otra vez el silencio. Siempre el puto silencio.

Los paneles funcionaban perfectamente, acumulando energía suficiente para tener el móvil cargado, un par de bombillas encendidas durante la noche y la televisión funcionando durante el tiempo que duraba la película que cada noche elegía. Y la radio, la radio alerta día y noche, en el convencimiento que sería por ella por la que difundirían, por fin, algún tipo de comunicado. Mientras, sólo le quedaba esperar, esperar y mover continuamente el dial a la búsqueda de algo que no fuera aquel odioso mutismo.

También el frigorífico cumplía con su función, conservando bien los alimentos frescos y, sobre todo, enfriando convenientemente sus cervezas, que iba consumiendo preocupantemente rápido. No llegaba a comprender cómo aquella puñetera llamita conseguía hacer funcionar el aparato, pero era un hecho y como tal lo asumía, sin preocuparse de más.

Cuando caía la noche bajaba a la vivienda y, tras prepararse algún bocadillo, se permitía ver una de sus películas. Tenía las persianas completamente bajadas, ocultando cualquier resto de luz que pudiera escaparse por ellas. La bombilla apenas alumbraba, pero no quería arriesgarse a que pudieran descubrirlo ni los militares ni los otros.

Las visitas ya no cesaron. Poco después del amanecer del sexto día se sorprendió al descubrir que un reguero de ellos arrastraba los pies por su calle. No podía saber cuántos habían desfilado durante la noche, pero viendo que apenas llegaban a la Plaza supuso que no habían sido muchos. Afortunadamente, ninguno se quedaba allí. Por algún oculto motivo, todos seguían la misma ruta en su peregrinar y acababan desapareciendo por el mismo punto de la Avenida. Quiso pensar que era aquel sordo rumor el que los atraía. Si estaba en lo cierto, era el ruido de la vida el que los llamaba.

Observándolos marchar, acodado en el pretil de la azotea, imaginaba el enorme estadio completamente rodeado por aquellos peleles, detenidos ante sus infranqueables muros, ansiosos por atacar a toda aquella gente oculta en su interior, ansiosos por devorar su latente vitalidad.

Pasaban los días sin que el destino le ofreciera ningún cambio. Tan sólo un recalcitrante silencio y el inagotable desfile de aquellas cosas por sus calles, que se fue convirtiendo en su distracción preferida. Ejercían una extraña fascinación sobre él, que le hacía llevarse horas enteras

contemplándolos, sufriendo la leve pestilencia que desprendían y con el profundo temor de llegar a reconocer a alguno de ellos.

Los había de todas las edades, incluso algunos críos aparecían de vez en cuando, tan lentos y anodinos como los demás. Había jovencitas con faldas cortas y sucias, gente en pijama y camisón. Otros con trajes y corbatas. Y también desnudos: no pocos de ellos aparecían completamente en cueros, sin que pudiera imaginar qué había podido ocurrir para que el contagio les hubiera podido encontrar sin ropa. Quizá, simplemente, se las habían arrancado los otros en alguna escaramuza, aunque no parecían agresivos. Al menos, no entre ellos. Ningún conato de pelea pudo presenciar, parecían ignorarse. Ni siquiera cuando algunos tropezaban parecían notarlo: seguían caminando infatigablemente hacia adelante, obviando los obstáculos.

En aquellos impúdicos visitantes sí que podía apreciar claramente las huellas de la violencia... todos, en mayor o menor medida, aparecían heridos; alguno incluso caminaba con las vísceras obscenamente descubiertas, evidenciando un estado totalmente incompatible con la vida.

Las escenas de aquellas películas de zombis que había visto con sus hijas desfilaban por su recuerdo, pero se negaba a creer que ello fuera posible. Era evidente que tenía que asumir que una pandemia de Peste o de Cólera o de algún otro maldito virus mutado había azotado a la humanidad, pero se negaba a admitir la idea de los jodidos muertos vivientes. Eso no existía. No podía existir.

Sin embargo, aquellas heridas...

En la tercera mañana de peregrinaje llegó a una sorprendente conclusión. La tarde anterior estuvo, hasta que la luz del día se lo permitió, observando detenidamente a cada uno de aquellos fulanos. Cuando ya el sol había declinado, descubrió a una joven con pantalones rojos y el torso desnudo. Tuvo que haber sido muy atractiva; todavía lo era, a pesar de su suciedad, lo enmarañado de su melena castaña y lo desmañado de su postura. Hasta que no pasó bajo su atalaya no pudo apreciar las terribles heridas de su espalda. La estuvo siguiendo con la mirada hasta que la oscuridad la ocultó a sus ojos, cuando avanzaba ya por la Gran Plaza.

Cuando al amanecer volvió a asomarse sobre el pretil de la azotea, le sorprendió descubrir aquellos ajustados pantalones rojos a punto de perderse ya por la Avenida. Era evidente que aquella gente se detenía en la oscuridad, que sólo avanzaba cuando el sol los iluminaba. Sus posteriores experimentos le confirmaron la teoría. Cada tarde, a punto ya de que la luz se extinguiera, elegía un fulano que vistiera alguna prenda

llamativa, y al amanecer lo encontraba apenas unas decenas de metros más adelante. Aquel descubrimiento le produjo una íntima satisfacción. Era bueno conocer al enemigo.

El perro apareció cuando ya llevaba una docena de días encerrado en su fortaleza. Era rubio y de buena alzada. Apareció por una esquina, corriendo como una exhalación que cruzó la calle, sorteando a los peatones, y que desapareció tan en silencio como había aparecido. Pero su abrupta aparición provocó en algunos de aquellos fulanos una reacción que hizo que se le erizara el vello. Salieron de su estúpido letargo y emprendieron su persecución. Era evidente que no podrían alcanzarlo, pero eran mucho más rápido de lo que su apático caminar podía hacer suponer. Por la misma esquina por la que apareció el animal, llegó un puñado de ellos, corriendo estúpidamente tras él. Alzaban levemente los brazos, como si ya lo tuvieran a su alcance y pudieran apresararlo con sus temblorosas manos.

Le gustaría haber hecho algo por el perro, pero la rapidez de su sorpresiva irrupción le impidió siquiera poder plantearse. Lo único que le quedaba era desearle buena suerte y que el cansancio le respetara lo suficiente para alejarse de sus cazadores.

Al día siguiente, aquellos pestilentes vagabundos desaparecieron tan inopinadamente como habían llegado. Un viejo ataviado con un pijama azul y un fornido joven que arrastraba lastimosamente una de sus piernas fueron los últimos visitantes. Los observó alejarse volviendo continuamente la vista para comprobar que ningún otro aparecía. Cuando se perdieron por la Avenida todo quedó tan vacío y solitario como antes. Le alegró saber que, aunque eran muchos, no eran infinitos. Al principio, había intentado contarlos, pero pronto se cansó de hacerlo porque aquello no iba a ayudarlo en nada. Calculó que fueron no menos de quinientos los fulanos que habían pasado bajo su azotea en aquellos desesperantes siete días.

El perro volvió al día siguiente. Lo descubrió olisqueando tranquilamente las casas de la acera de enfrente. Lo estuvo estudiando un rato y acabó silbándole muy levemente, temiendo llamar la atención de algún indeseable. A pesar de la suavidad del silbido, el perro levantó de inmediato la cabeza, recorriéndolo todo con su mirada. Tampoco él levantó la cabeza hasta que escuchó el segundo silbido, aún más corto y silencioso. Entonces sí la alzó. Se quedó unos segundos mirándolo sorprendido y extasiado. Después, cruzó a todo correr la calle y se alzó, apoyando las patas contra la fachada, clavando la mirada en él, dedicándole una amplia sonrisa de lengua jadeante.

Dudó durante unos minutos, revisando cada centímetro de la calle, asegurándose que no había ninguno de aquellos seres en ella. Después, se decidió por fin y se apresuró a bajar hasta la calle. Le apetecía su

compañía, pero, principalmente, quería quitarlo de allí. Si volvían y lo veían frente a su cancela, podrían interesarse en la casa y en él.

Salió al patio tras pasar por la cocina y armarse de un ancho cuchillo. Se acercó a la cancela con precaución y acabó abriéndola. El perro no lo dudó ni un instante y se abalanzó sobre él, dedicándole un sinfín de saltos y jadeos. No se dejó cortejar y se apresuró a regresar a la seguridad de la escalera, por donde el animal brincaba, esperándolo en cada rellano sin perder la sonrisa y evidenciando su agradecimiento.

Cuando alcanzaron la azotea el perro se aplicó a reconocer alegremente cada uno de sus rincones. Tenía ínfulas de labrador, pero era evidente que algún campesino había alterado su árbol genealógico, dotándolo de mayores orejas y de un pelo más largo y rubio.

Aquel animal le planteaba más de un problema. Si ladraba inoportunamente podría ponerlo en un grave compromiso, por lo que tendría que fabricarle algún tipo de bozal. Por otra parte, tendría que alimentarlo. Con su tamaño, no se conformaría con una lata de sardinas, así que, si no encontraba una solución, acabaría con sus provisiones mucho antes de lo previsto.

Por el momento decidió que tendría que conformarse con algo de pan y le ofreció media barra que ya se había endurecido, pero que el animal agradeció con satisfacción, devorándola tumbado a la débil sombra de la pared, atento a cualquier movimiento de su nuevo amo.

Sin el entretenimiento que le había ofrecido la penosa procesión, volvió a su tediosa rutina anterior, pero esta vez con el perro pegado a sus pies como si fuera su propia sombra.

Al atardecer del día siguiente apareció un nuevo grupo de infectados. Esta vez se percató al notar como el perro entraba en tensión y todo el pelo del lomo se erizaba. Cuando se asomó no pudo descubrirlos; sin embargo, aparecieron unos minutos después. Era evidente que podía olerlos desde muy lejos. Aquello lo tranquilizó. Con el animal a su lado sería difícil que lo sorprendieran. Lo acarició mientras le colocaba el rústico bozal que había fabricado con algunos retales de tela que encontró en una bolsa dentro de un armario.

Esta vez eran sólo catorce fulanos y recorrieron su calle con patética parsimonia, perdiéndose otra vez por la Avenida.

Fue entonces cuando se le ocurrió. Unas casas más abajo, su vecino Honorio tenía un simpático perro que siempre estaba asomado a la cancela. Cuando controlaba la evacuación comprobó que nadie salía de aquella casa, por lo que supuso que ya se habrían marchado. Sin embargo, era posible que hubieran dejado allí algo de pienso. Si era así, lo necesitaba.

Esperó que llegara la noche, asegurándose que no había ninguna de aquellas cosas cerca. Sabiendo que se paralizaban con la oscuridad, podría llegar a la casa sin peligro. Al menos, eso esperaba.

Se colocó un cinturón al que había incorporado un par de cuchillos enfundados y bajó la escalera con parsimonia y un tanto atemorizado a pesar que el perro le seguía sin mostrar ningún tipo de preocupación.

Lo dejó en la escalera obviando la lastimosa mirada que le dirigió y se dispuso a escalar la valla que separaba su jardín del de sus vecinas. A ellas sí las había visto montar en el autobús, por lo que la casa tendría que estar vacía. Había sopesado salir a la calle y saltar directamente al jardín de Honorio, pero acabó descartándolo. Sin duda era más fácil, pero pensar que podía aparecer alguno de aquellos fulanos le causaba terror. Alumbró la puerta con la linterna y comprobó que la cerradura era de seguridad, por lo que desechó intentar forzarla. Había decidido que, ya que iba a asaltar una casa, procuraría ampliar su despensa buscando también en las demás.

Hubo rumores en el vecindario que aseguraban que en la siguiente casa habían abierto un prostíbulo con mujeres chinas, pero siempre pensó que eran sólo habladurías, porque nunca había visto entrar ni salir a nadie sospechoso de allí. Alguien debía habitarla porque veía luz cuando pasaba ante la casa en alguno de sus paseos nocturnos, aunque tampoco vio a nadie que saliera de allí durante la evacuación.

Ésta sí tenía una cerradura sencilla y, procurando hacer el menor ruido posible, comenzó a forzarla.

Pensando que quizás pudiera serle de utilidad en el futuro, había estudiado un tutorial de internet y había practicado con la puerta de la propia azotea hasta adquirir cierta pericia en ello. Le resultó más fácil de lo que esperaba y, tras unos minutos, la puerta se abrió soltando un pequeño quejido.

Empezó a explorar la casa a la luz de su linterna, sin poder evitar sentirse tan atemorizado que sentía temblar sus manos.

Era evidente, aun en la penumbra, que no se había hecho una gran inversión al momento de amueblarla. Encontró la cocina de inmediato y comenzó a abrir cada puerta y cada cajón. Obvió abrir el frigorífico, temiendo el olor que desprendería después de tantos días apagado. No encontró ni rastro de comida, pero sí había varias bebidas alcohólicas. Eligió una botella de ron y se dispuso a salir de allí.

Entonces escuchó un leve sonido que no supo identificar y barrió con luz toda la estancia. Al fondo, descubrió una estrecha puerta metálica que le

había pasado inadvertida. Se acercó lentamente hasta ella, examinándola con atención: tenía cerradura interior, por lo que debía tratarse de la salida al patio trasero. La llave no estaba echada, y sin embargo permanecía cerrada. La empujó levemente pero no cedió, así que intensificó la presión, haciendo que se moviera pero sin conseguir abrirla. Algo la obstaculizaba desde atrás.

Se retiró un par de pasos y sopesó la situación. Podían ser cajas caídas, pero también podía haber un puto chiflado de esos empujando para poder entrar. Por lo que había visto la enfermedad debía afectarles las neuronas, porque se veían bastante torpes y quizás ni supieran abrir las puertas. Sabía que lo sensato era salir de allí cuanto antes, pero la posibilidad de encontrar en aquel patio algo interesante hacía que se sintiera tentado a ser imprudente.

Al final salió de la cocina sin volver a intentarlo: sabía que tenía que sobrevivir a todo aquello para poder reunirse con ellas, y desechó arriesgarse por unas latas de conserva o unas botellas de cerveza.

La valla ahora era más difícil de escalar, porque el vecino había puesto una rejilla de plástico para proteger sus plantas. No lo dudó y la rajó para meter los pies y poder trepar sobre ella.

Sus temores se hicieron realidad cuando comprobó que Honorio también contaba con cerradura de seguridad. Al final todo había sido para nada. Barrió el jardín con la linterna y descubrió el plato del perro bajo una mesa redonda. Aún tenía algunas bolitas marrones, pero desechó llevárselas. No serían ni siquiera un aperitivo para el perro rubio.

Volvió sobre sus pasos, derrotado. Se había arriesgado para nada. Se paró un instante ante la puerta abierta de la casa vecina. Cabía la posibilidad de que la puerta trasera tuviera una cerradura más accesible. Decidido y armándose de valor, volvió a entrar en la casa, dirigiéndose directamente a la puerta metálica dispuesto a abrirla a fuerza de empujones, pero cuando estuvo frente a ella, ya no se sentía tan valiente. Posó la mano en la hoja para tomar distancia y, ante su sorpresa, se abrió mansamente. La miró sorprendido un instante antes de volverse como un resorte, echando mano a uno de sus cuchillos, al comprender que algo había tenido que salir de allí.

Cuando la linterna iluminó sus rostros, estuvo a punto de dejarla caer.